

**Juana Marín García**  
**Las lágrimas silenciosas**

Hacía varios meses que Andresito vino al mundo, exactamente no recuerdo cuántos, también yo era una niña, pero cuando mi madre decía que Andresito tenía nueve meses fue cuando se me ocurrió la idea de entrar a verlo. A partir de ese momento imaginé que él y yo jugaríamos, aunque no se lo dije a nadie. Lo pensé y me guardé el pensamiento en mi corazón, como si estuviera cerrado con llave. Solo quería decírselo a Andresito.

Mientras mi madre trabajaba yo veía la tele, aunque funcionaba mal. También jugaba con mi muñeca, que estaba un poco fea de tanto jugar con ella. Yo la pintaba para ponerla más guapa y que pareciera nueva, pero no lo conseguía. Cuando escuché que a Andresito le faltaba poco para tener un añito, creí que jugaría conmigo y con mi muñeca, que la pobre estaba regular.

El día en que yo cumplí seis años desobedecí a los mayores y entré en la habitación de Andresito que estaba junto a la nuestra. Hacía tiempo que quería entrar, pero me daba miedo hacerlo, por si los mayores me castigaban. Me habían dicho que en esa habitación no se me ocurriera ni mirar. Aunque oyera a Andresito llorar no podía ni asomarme. A Andresito lo había visto, me habían dejado estar a su lado algún domingo. Su madre, su padre y su hermano que dormían con él llegaban tarde. Yo a esa hora dormía. En realidad creo que solo lo vi un día de fiesta en que no tenía cole y algunos mayores estaban en casa. Ese día su madre, que lo paseaba por su habitación después de darle el bibe, me chistó:

—“Ven mijita y míralo de cerca”.

El día en que por fin me dije, —“hoy entro”—, me temblaban las manos y también Alba, —mi muñeca— temblaba. A Alba la tenía abrazada y hacía lo mismo que yo. A pesar del temblor entré. Me hacía ilusión y supuse que estar un rato con él sería el regalo que me hacían por cumplir seis años.

Yo imaginaba que la habitación de Andresito estaba cerrada y pensaba buscar en los cajones del comedor su llave, porque veía a su madre abrirlos antes de entrar a darle la comida, aunque, venía tan de prisa, que la recuerdo poco.

Agarré el pomo de la puerta de la habitación de Andresito, con mis dos manos, y la puerta se abrió cayendo el pomo al suelo. Debía de estar roto, como otras cosas, que no les daba tiempo a los mayores de arreglar de tanto como trabajaban.

Me encontré a Andresito acostado y sonriéndome, solo sabía mirarme y mirarse sus manos. Lo intenté sentar, pero se doblaba como un trapo. Me puse a llorar y él también. Salí corriendo al comedor, dejándolo en su habitación. Desde el comedor le hablé hasta que empezó a reírse. Él levantaba y bajaba sus manos con mucha atención. Así es como jugaba Andresito. Su juego consistía en mirarse las manos al moverlas. Le dije muchas cosas que no recuerdo bien y desde ese día él y yo nos hicimos compañía.

Cuando mi madre llegó no me regañó tanto como esperaba, debía de encontrarse demasiado cansada, pero me explicó que Andresito parecía de trapo porque nunca antes lo habían sostenido en brazos, excepto alguna vez al darle el bibe. Que no podía volver a verlo, pues de hacerlo, él, sin duda, se acostumbraría a la compañía y lloraría cuando estuviera solo, igual que había pasado conmigo en mi país.

Le prometí a mi madre que no volvería a entrar y seguiría jugando sola con Alba, pero le mentí. Al día siguiente y al siguiente y todos los siguientes yo abría su puerta y hablaba con Andresito. Él no hablaba como yo, sino de una manera que nadie entiende; yo sí lo entendía cuando al acercarme me miraba y decía “coo”, mientras alargaba su manita hacia mí.

Tenía razón mi madre en que parecía de trapo porque nadie lo había abrazado, ni acunado. Al principio de sentarlo se caía, pero a los pocos días empezó a sostenerse. Aprendía muy deprisa.

Yo me sentía orgullosa y más mayor, por los progresos que hacía Andresito al mantener su cuerpo erguido sin doblarse. Todos los días lo sentaba y lo abrazaba y él, a veces, se partía de la risa y yo también. Tenía una manera de reír contagiosa y le debía gustar divertirse. En ocasiones, entre carcajada y carcajada decía “coo” alargando su mano hacia mí, igual que me saludaba al entrar en su habitación.

En septiembre, al volver al cole le conté a mi amiga Yesi todo lo de Andresito. Ella, que era unos meses mayor que yo, que le hacían más lista, me convenció de que a la mayoría de niños los acunan en brazos, desde que nacen, y por eso sostienen su cuerpo y no se les doblan las piernas antes de cumplir un año. Sus padres y madres los abrazan y los toman en brazos debido a que no trabajan todo el día. Además, cada familia vive en un piso.

Yesi y yo somos migrantes y tenemos que vivir varias familias en el mismo piso. Aunque lo de compartir piso, a diferencia de Yesi, lo veo muy bien. Si viviera sola con mi madre, Andresito no estaría en la habitación de al lado.

Cuando regresé a mi casa le pregunté a mi madre si era verdad lo que decía Yesi. Mi madre me explicó que menos mal que cuando llegamos a España yo tenía cuatro años y ya no lloraba al quedarme sola en casa. Sin embargo, con la edad de Andresito si me dejaban sola lloraba mucho y eso era porque me habían acostumbrado a la compañía.

No tuvimos problemas porque en Perú vivíamos con mi abuela, pero si hubiéramos vivido sin ella —como ahora en Madrid—, mi madre tampoco me habría tomado en brazos, igual que la de Andresito, para evitar que me acostumbrara y así no la echara en falta al marcharse a trabajar. O sea que yo, también, habría estado como él todo el día sola acostada en mi habitación, aunque no sé si sería tan lista. Él enseguida dejó de caerse y aprendió a sentarse. Tampoco lloraba cuando yo salía de su habitación; al contrario me sonreía. Creo que me daba las gracias y de listo que era no lloraba para evitar que algún vecino llamara a la policía y vinieran a llevárselo los servicios sociales.

Ahora que ya es 2020, he cumplido los doce años. Creo que viví con Andresito hasta los siete, no lo recuerdo del todo. Con él me divertía al imaginar que alguien jugaba conmigo y me hablaba como yo lo hacía con él.

Al principio cada vez que lo sentaba se caía, pero muy pronto dejó de parecer que era de trapo. Esto sucedió a la vez que yo abandoné el llanto. Lloraba desde que llegué a España. Mis lágrimas las limpiaba y nadie las veía. Lo hacía a escondidas y en silencio. Pero eso cambió al conocer a mi amigo Andresito. Lo que le decía a él, era como si me lo dijeran. Ahora vivo en otro piso —con otras familias— y me gustaría saber si Andresito llora, porque él con su compañía me quitó el miedo y las lágrimas silenciosas.